

El primer día avanzaron por una extensa llanura que había entre las montañas y el mar, y no tuvieron más remedio que atravesar un río que extendía sus múltiples y caudalosos brazos sobre fértiles, verdes y risueños prados.

Una montaña de difícil acceso les ofreció su abrigada falda para acampar la primera noche de la expedición.

Las dificultades que ofrecía el terreno á los soldados llegaron á parecer insuperables.

No había para subir á la montaña más que una vereda escabrosa á través de rocas y precipicios, por la que no podían pasar sino de uno en uno los soldados, y este era un verdadero inconveniente no solo por el tiempo que perdían en el pasaje, sino por la facilidad con que podrían destruirlos sus enemigos, si en actitud hostil les esperaban al final de la montaña las huestes de Caonabo.

Era necesario abrir un camino, y Ojeda con algunos otros oficiales y capitanes de la expedición, jóvenes hidalgos que en las guerras moriscas se habían acostumbrado á desempeñar las funciones de zapadores é ingenieros, se ofrecieron á abrir en breve tiempo el camino para que las tropas con la caballería y la artillería pudieran pasar. Al cabo de dos días hicieron el primer camino en el Nuevo Mundo, y desde entonces se llama Puerto de los Hidalgos, como un tributo pagado á la memoria de aquellos bizarros donceles que le habían trazado.

No por eso dejó de ser un desfiladero rápido y

Capítulo LX.

La Vega Real.

A principios de marzo, resuelto Colón á llevar á cabo su último plan, reunió, contando con todos los hombres útiles que había en la colonia, cuatrocientos perfectamente armados y equipados, los cuales con los indios que parecían favorables á los españoles podían bastar al almirante para llevar á feliz término su exploración.

Todos salieron de la colonia en orden de batalla con bandera desplegada y al son de los atabales y tambores.

La junta de gobierno que había dejado Colón comenzó á funcionar, yendo al templo con los que se quedaban en la colonia para pedir á la Providencia que les deparase buena suerte.

peligroso, pero por él llegaron hasta una garganta que ofrecia un golpe de vista deslumbrador, un paraíso, un eden.

La emocion que habia experimentado Ojeda y sus compañeros, se trasmitió al mismo Colón y á todos los que le acompañaban.

Nada más hermoso, nada más bello, nada más seductor que aquella vasta y fértil llanura, cuya espléndida vegetacion ofrecia á la admiracion de los extranjeros todos los colores, todos los matices, todas las aguas de las piedras preciosas, todos los frutos de la naturaleza, todos sus encantos, todas sus bellezas.

Magníficas florestas, palmeras de prodigiosa altura, filas de caobales dominaban los bosques con sus enhiestas copas.

Al mismo tiempo los arroyuelos que serpenteaban por toda la vega aumentaban su hermosura, y las infinitas aldeas que á través de los árboles se descubrian, el humo que de trecho en trecho iba á perderse en el espacio, indicaba que aquel territorio estaba acaso habitado por los seres más felices de la tierra.

—Esta es la rica vega— dijo Ojeda á Colón,—de que os he hablado; no es posible encontrar nada más pintoresco ni aun para los que hemos hollado con nuestra planta los jardines de los árabes, las calles formadas por arrayanes y jazmines, las ricas fuentes; en una palabra, todos los prodigios de la jardinería y del arte musulmán.

—Esto nos sorprende más, nos encanta más,—respondió Colón,—porque aquí vemos la mano del Altísimo, mientras que allí se vé la mano humilde del operario inteligente.

Aquí todo es natural, no hay más que la voluntad de Dios, y por ser el paraje más vasto más hermoso de la tierra quiero darle el nombre de Vega Real, y pidamos á Dios que en él encontremos amigos, porque seria horrible tener que conquistar estas llanuras combatiendo con los naturales, regándolos con sangre.

Al frente de su pequeño ejército, y por un desfilaro, entró en un llano, y para llamar la atencion de los indios dispuso que tocaran marchas guerreras y que se presentase el ejército á la vista de aquellas gentes con todo el aspecto marcial, con toda la pompa necesaria para imponerles y admirarles.

En briosos corceles, con banderolas que ondeaban reflejando los rayos del sol, iban delante hasta cuarenta hombres. Detrás Colón con su estado mayor, también en caballos ricamente enjaezados, y despues los soldados con los yelmos y cotas relucientes.

Cuando por vez primera oyeron el sonido de los clarines y los tambores, los indios acudieron á las alturas para ver que era lo que producía aquella música, y su asombro no tuvo límites al ver aquella cabalgata, aquel ejército que se presentaba á su vista como una columna de oro, fuego y piedras preciosas, no sabiendo que hacer, si huir amedrentados ó si detenerse á admirar aquel prodigio.

La caballería, que iba delante, inspiraba á los indios tanto terror como asombro.

En el primer momento creyeron que ginete y caballo era una sola cosa, un solo objeto.

Así es que al ver más tarde á los ginetes apearse de los caballos, y volver á montarse, se quedaban pasmados y su admiración crecía de punto.

En la duda, respecto á las intenciones de los extranjeros, huían los indios á toda prisa; con especies de cañizos, tapaban las puertas, creyéndose con esto libres del peligro que suponían.

Algunos soldados quisieron penetrar en las chozas, y como era muy fácil derribar aquellas puertas, iban á hacerlo.

—Deteneos,—dijo Colon;—respetad las intenciones de los indios. Quieren defender su propiedad; que vean que la respetamos.

Diego, el intérprete, llamó á algunas de las puertas y por orden de su amo dijo á los moradores de las chozas que no tuvieran miedo, que los españoles iban con los mejores deseos de paz y animados de los sentimientos más afectuosos.

—En prueba de ello,—añadió,—tomad los regalos que os ofrecen.

Los más atrevidos de ellos se asomaron á sus puertas al oír su voz, les dió en nombre de Colon cuentas de vidrio y de abalorio, y otra porción de dijes de los que llevaban para catequizar á los indios.

Esto les tranquilizó, y poco á poco fueron saliendo de sus guaridas, manifestando vivos deseos de

pagar aquellos agasajos con los manjares que poseían.

No quiso detenerse Colon, y atravesó la comitiva por varios pueblos.

Al pasar por los grupos de chozas, los indios que formaban parte de la comitiva de Colon entraban en ellas, tomaban los manjares y los objetos que querían, y esto como si ejecutase la cosa más natural del mundo.

Era costumbre entre ellos tomar unos de otros lo que necesitaban, y al querer los moradores de las chozas practicar su costumbre con los europeos, acercándose á ellos con curiosidad para ver sus armas, los caballos, y para apoderarse de los objetos que llevaban, no podían ménos de extrañarse de que les estorbaran realizar su propósito.

De cualquier modo, la verdad era que los manjares no eran objeto de comercio entre los indios.

Cada cual tenía derecho á tomar de su vecino lo que necesitaba.

La venta de los objetos de la alimentación no existió en la isla hasta poco después de la llegada de los europeos, que fueron los que les iniciaron en esta clase de tráfico.

Colon y su comitiva, después de haber andado cinco ó seis leguas por aquella inmensa y pintoresca llanura, llegaron al magnífico río Yaqui, al que dió el almirante el nombre de Río de las Cañas.

En su primer viaje le había llamado Río de Oro, porque era el mismo que después de surcar la her-

mosa vega, desembocaba en el mar cerca de Monte-Christi.

Acampado en sus frescas orillas pasó la noche aquel ejército, y no había uno solo de los que le formaban que no estuviese animado, contento.

El espectáculo que durante el día habían tenido delante de sus ojos; las esperanzas de encontrar el oro que encerraban en sus entrañas los montes del Cibao; la deferencia, el aprecio con que durante todo el día les habían tratado los indios moradores de aquel Paraíso, les hacía confiar en el porvenir y olvidar las penas que hasta poco ántes habían llenado de desaliento su corazón.

En la madrugada del día siguiente atravesaron el río en ligeras canoas que les ofrecieron los indios.

Dos días prosiguieron su marcha sin dejar la vega, hallando al paso espesas selvas y cristalinos manantiales, que bajaban desde las cumbres del Cibao y llevaban en su arena polvo de oro.

Uno de los manantiales mereció á Colon el nombre de Río Verde por la belleza del paisaje sobre que se descataba.

En todas las poblaciones fueron recibidos con muestras de amistad, porque aunque huían al pronto los naturales, apenas les hablaban los indios que acompañaban á Colon se mostraban tranquilos y confiados, salían á las puertas de las chozas, ofrecían á los extranjeros los frutos y los manjares que poseían

y hasta muchos de los grupos les festejaban con músicas y canciones del país.

El segundo día por la noche llegaron á una sierra que parecía más elevada cerca de la vega.

Diego, que había hablado con los indios:

—Hé aquí donde empiezan las montañas del Cibao,—dijo.

—Mentira parece,—exclamó Ojeda,—que tierras tan escarpadas y de aspecto tan triste encierren en sus entrañas el oro que, según fama, producen estas.

—¿Y eso os parece extraño?—dijo Colon;—lo que mucho vale mucho cuesta, y justo es que para llegar hasta dónde está el oro haya necesidad de verter copiosísimos sudores.

La aspereza de la sierra y el cansancio de los soldados inclinó á Colon á acampar al pié de un lesfiladero, y allí permaneció algún tiempo mandando á algunos de los suyos que fuesen á buscar á la colonia provisiones que empezaban á escasear, y á los zapadores ó ingenieros que formaban su vanguardia les envió también para que abriesen camino.

Dos días después prosiguieron el viaje por una estrecha y difícil senda, en la que los ginetes tenían que llevar á los caballos de la brida.

Al llegar á la cumbre no pudieron menos de dirigir los ojos en torno suyo, admirando el espectáculo encantador que se ofrecía á su vista.

Aquella llanura cubierta de selvas y de grupos de chozas, sureada por cristalinos arroyos y por anchos

y caudalosos rios, media nada ménos que ochenta leguas de longitud y treinta de latitud.

Colon y los suyos penetraron por fin en el Cibao, en la region del oro, en el departamento en que dominaba el terrible Caonabo.

Capitulo XLI.

Donde aparece un indio que no lo es.

Todo cambi6 de aspecto.

Grupos de rocas escarpadas, picos pelados, estériles montañas, árboles pequeños, raquíticos y sin vegetacion.

Cibao quiere decir en la lengua del país *pedra*; así es que el nombre cumplia lo que ofrecia.

Pero si no se presentaban á la vista de los españoles aquellos árboles verdes, frondosos, aquellas flores de matices tan brillantes, aquellos pájaros cuyo plumaje á los rayos del sol parecian piedras finas, tenian para recrear su vista partículas de oro que relucian entre las arenas de los arroyos que bajaban por la sierra.

Ojeda, que conocia el país por haber estado en él, se adelantó con unos cuantos soldados de la vanguar-